





Newton Compton Editores

Título original: *The Tuscan Secret*

© 2019, Angela Petch. Publicado por primera vez en el Reino Unido en 2019 por Bookouture (Storyfire Ltd.)

© 2024, de la traducción por Melina Márquez

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19620-78-1

Código IBIC: FA

DL: B 21.212-2023

Diseño y composición de interiores:  
David Pablo

Impreso en mayo de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Angela Petch

# La chica de la Toscana

Traducción de Melina Márquez



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2024



*En memoria de Paul Francis Sutor*





*Quant'è bella giovinezza  
che si fugge tuttavia!  
Chi vuol esser lieto, sia:  
di doman non c'è certezza.*

LORENZO DE MEDICI (1449-1492)

¡Cuán hermosa es la juventud  
que huye y nunca espera!  
Que sea feliz el que así lo quiera:  
pues del mañana, incierta es su virtud.

[Traducción de la autora]



# Prólogo

Un búho ulula y, en la distancia, oigo a los lobos en la montaña de la Luna. Me los imagino reunidos en la cima, con el hocico levantado y aullando su canción melancólica, mientras las estrellas parpadean a sus espaldas en el oscuro azul de la noche. Sé que, por mucho que me esfuerce, ya no volveré a sumirme en el sueño; los recuerdos emergen y me atacan. Es un patrón que no puedo romper.

En la escuela del pueblo solo había una profesora y nosotros éramos treinta y tres criaturas de todas las edades apretujadas en una única aula. En invierno, una estufa de fuego nos calentaba; en verano, las ventanas, construidas en la parte alta de las paredes para evitar distracciones, se abrían de par en par para dejar entrar la brisa de la montaña.

Soy hijo único, siempre anhelé tener un hermano, pero la barriga de mi madre no volvió a crecer. Y, por eso, me hice amigo de un chico más pequeño que yo con el que compartía pupitre. Le guiaba la mano para formar letras en la pizarra y lo protegía de los abusones en el patio de la escuela. Compartíamos nuestra humilde *merenda*: rodajas de pera seca o un trozo de pan del día anterior.

Cuando se hizo más mayor y no había escuela, acampábamos dentro de una cueva, donde las salamandras se escondían entre los fríos muros que brillaban en la noche. Madrugábamos para ver cómo los pájaros migraban a Friars' Peaks y pisábamos con suavidad para evitar que nuestros pies crujieran sobre el marrón dorado de las hojas y las castañas. Tanto sigilo nos fue muy útil para enfrentarnos, como compañeros de armas, a los nuevos peligros y batallar contra el mal.

Años más tarde, con el sueño que me evita, recuerdo una noche en la que escalé hasta la cueva, con cuidado de esquivar a los centinelas. Pasé tan cerca que hasta oí sus susurros ininteligibles. Quería encontrármelo sentado en una roca, a la espera de que el sol saliera por encima de nuestras montañas violetas. ¿Era una locura desear un solo día de paz? Habíamos leído en la escuela que en la Primera Guerra Mundial los alemanes y los británicos pactaron una tregua el día de Navidad y jugaron al fútbol; las trincheras se convirtieron en los límites de un campo improvisado. Recé por que estuviera allí arriba, mirando por encima de la niebla que envolvía las colinas ocultando la brutalidad de abajo. ¿Era tener demasiadas esperanzas?

Me detuve justo al lado de una enorme roca y el hedor a carne podrida me obligó a taparme la boca. Había un cuerpo boca abajo en medio del camino, medio escondido entre las hojas, con la cabeza apoyada sobre las manos, como si durmiera. Le di la vuelta, con el corazón en un puño. Pese a faltarle la mitad de la cara, supe que no era él.

Sin embargo, al darme la vuelta hacia nuestro pueblo ocupado, donde las humildes casas se habían convertido en barracas y depósitos de armas, oí sus gritos. Jamás podré borrar de mi cabeza el sonido de su agonía. Venía de la escuela del pueblo. Había luz en una de las ventanas altas con rejas. Cuántas veces de pequeño había visto aquella escena desde el aula y había observado cómo las copas de dos cipreses se mecían mientras deseaba poder estar fuera, sobre las laderas cubiertas de hierba. Me subí a un cubo para escudriñar el interior y resbalé; el cubo de metal retumbó en la noche e hizo ladrar a los perros.

Los guardias que salieron rápido para detenerme pertenecían a mi propia gente, lo que lo volvió mil veces peor. Hombres y niños con los que había crecido, contaminados por políticas equivocadas, vestidos con uniformes de la milicia. Me arrastraron dentro mientras pataleaba, maldecía y escupía en sus traidoras caras.

Lo habían torturado. Atado con un cable a una silla demasiado pequeña para un hombre adulto, tenía las rodillas arqueadas y se veía lo que le habían hecho en sus partes más íntimas. Me lancé

hacia él, pero me sujetaron. Afortunadamente, se había desmayado; su cabeza ensangrentada colgaba hacia delante, como si rezara.

Pero la peor traición fue la del hombre que me miró con lascivia y me dijo que yo era el siguiente. No podía creer su perfidia. Sentado a la mesa, balanceó el martillo para machacarme los dedos y yo grité de agonía y miré por la ventana para apartar los ojos de su camiseta negra cubierta de sangre. Apreté los dientes de dolor y observé los cipreses mientras me negaba a creer que no volvería a ser libre. No volvería a ir de caza con mi joven amigo ni abrazaría más a mi chica.



# Capítulo 1

## Febrero de 1999

En una lúgubre tarde de febrero en North London, Anna por fin tiene un día de descanso después de dos malas noches. Oye a la gente que pasa por la calle de vuelta a casa del trabajo y casi se regodea de no tener que formar parte del ajetreo.

La vida parece inestable. Ha perdido el trabajo y su madre acaba de morir. Dicen que no hay dos sin tres y se pregunta qué será lo siguiente.

Justo cuando se está quedando dormida, suena el timbre. Mientras suspira y murmura «Ya voy, ya voy», deshace el enredo de sábanas y abre la puerta principal de su piso en la segunda planta.

—Un paquete para usted, señorita.

El joven repartidor sonríe con suficiencia y la mira de arriba abajo con una amplia sonrisa mientras ella se ata mejor la bata. Tras coger el paquete, le cierra la puerta en la cara con firmeza, repiquetea en el suelo de la cocina con las pantuflas y enciende el hervidor de agua.

El paquete es voluminoso. Era algo que había estado esperando, pero que había relegado al fondo de su mente. La semana pasada, en la lectura del testamento de su madre, el abogado mencionó que, además de cincuenta mil libras, le había dejado una carpeta con documentos varios. Sus hermanos, Harry y Jane, se habían quedado con todo lo demás. Mientras Peregrine Smythe, de Smythe & Sons, hablaba enfundado en un arrugado traje Savile Row, Anna observaba una mosca que revoloteaba ante el cristal de la ventana. De vez en cuando, miraba a sus hermanos mayores sentados frente a ella y pensaba en lo gordo y calvo que se había puesto Harry y en el aspecto anticuado y de mediana edad que tenía Jane, con ese pelo

inmaculado lleno de laca, tieso y crujiente. Nunca se había sentido muy unida a ellos. Cuando nació, ellos ya estaban en edad de ser padres; fue una niña sorpresa que llegó cuando su madre estaba cerca de los cuarenta y que puso patas arriba la dinámica familiar.

Se prepara una taza de té *earl grey* y se la lleva a la cama junto con el paquete. Dentro del papel de envolver hay una caja de cartón; la tapa está atada con un cordón viejo de zapato del que ella tira para abrirla. Un sobre marrón lleva su nombre, con las florituras de la caligrafía de su madre, y contiene cuadernos y montones de papeles enrollados con una goma elástica podrida y un trozo de tela doblada.

Saca del sobre una hoja barata y decrépita con renglones y un ramo de violetas impreso en la esquina superior izquierda. Su madre había escrito en inglés, un idioma que hablaba con un acento muy fuerte, pero que escribía a la perfección.

*Willow's End, 16 de agosto de 1997*

*Mi querida Anna:*

*Si estás leyendo esto, ya habrás asistido a mi funeral. Quizá se hayan derramado lágrimas, pero espero que también haya habido momentos de alegría, algo de mi música italiana favorita en la iglesia y una spaghetti-tata. Imagino que habéis compartido historias. Quizá la familia haya recordado mi impetuoso carácter y mis espantosos errores en inglés. No importa si la gente ha sido amable o dura conmigo. Pazienza! Fue difícil para mí aprender a ser paciente.*

*Tengo mucho que contarte. Quizá esta es una manera cobarde, escribírtelo en lugar de decírtelo a la cara. Es difícil saber qué es lo correcto. Si hubiera contado mi historia sobre lo que pasé durante la guerra, podría haber desatado un cataclismo. Cataclismico, disastroso... Son casi las mismas palabras en italiano. Hay muchas cosas parecidas, pero, ¡oh!, mira que somos diferentes los ingleses y los italianos. Eso lo descubrí la primera vez que vine aquí.*

*Cuando los doctores me dijeron que mi cáncer no se podía operar, decidí organizar los papeles y reunir todos estos trozos de mis memorias, anotados aquí y allá dependiendo de cuándo sentía la necesidad de escribir. Digamos que son una especie de diario. En la lectura del*



*testamento, mi abogado habrá mencionado que estos papeles son para ti. Quizá te has sentido excluida. Además del dinero, Harry se ha quedado también con Willow's End. Sé que podrá apañárselas con ese viejo y mal ventilado lugar, siempre le ha encantado, y le irá bien con su nuevo puesto de director de la compañía. Jane tiene mis joyas. Desde que era pequeña, siempre le ha encantado ponérselas.*

*A ti te dejo esta caja que contiene mis garabatos. Mis perlas de memoria. Te las doy. Espero que, para cuando termines de leer, entiendas que nunca quise excluirte, querida mía. Quizá algunos detalles se me han olvidado con el paso del tiempo. Habrá algunas lagunas. Nunca he podido hablar abiertamente sobre mi vida, pero ahora siento la obligación de hacerlo. Y la única manera de hacerlo es a través de este diario. Léelo cuando tengas tiempo. Haz con él lo que quieras. Ahora es tuyo.*

*Un abrazo,*

Mamma

Anna, intrigada, se recuesta sobre la almohada. Está enfadada con su madre por ser tan enigmática. Su relación siempre fue difícil. Su madre era apasionada, con cierta tendencia al drama.

A veces la abrazaba con fuerza, pero, en otras ocasiones, era distante, inexpresiva: las dos caras de una misma moneda. Era típico de ella hablar de cataclismos.

Anna recuerda una ocasión, con unos seis años, en que, tras abrir la puerta del salón donde Ines, su madre, estaba escribiendo, le preguntó:

—¿Cuándo vas a tener otro bebé, *mamma*? No tengo a nadie con quien jugar.

Ines cerró de golpe el cuaderno y se dio la vuelta para coger en brazos a la niña.

—*Mamma* es demasiado mayor —le dijo, cubriendo sus mejillas de besos—. ¿Y de dónde sacaría más amor para compartir? Tú lo acaparas todo, mi pequeño tesoro.

Lo recuerda con viveza porque las palabras de cariño de su madre eran escasas y muy distanciadas en el tiempo, especialmente cuando Harry y Jane estaban cerca.

Sus hermanos iban a lo suyo. Eran mucho más mayores y no eran conscientes de su falta de sensibilidad cuando se metían con ella. «Fuiste un accidente, un gran error», le dijo una vez Jane, como si nada, y Anna se lo tomó a pecho. Había crecido sintiendo que la querían menos que a ellos, que era poco más que una molestia la mayor parte del tiempo. Se quedaba sola durante largos ratos mientras sus hermanos, ya adultos, salían a bailar o iban al cine con sus amigos.

Por extraño que parezca, había sentido que la unión con su madre era mayor cuando ya vivía en la residencia Claremont, donde había muerto. Cuando Ines estaba confusa, Anna sabía cómo calmarla.

–Háblame de tu vida en Italia antes de que vinieras a Inglaterra, *mamma* –le preguntaba, en parte por curiosidad, porque sabía muy poco de esa época de su vida, y en parte porque había descubierto que su madre se calmaba cuando hablaba de su origen italiano.

Algunas veces Ines aceptaba, aunque Anna no era capaz de seguir todas sus incoherencias. Otras veces se negaba a hablar y se conformaba con mirar por la ventana a los jardines y al mar. En una de las últimas visitas antes de que Ines muriera, estaba cansada y se perdía en un dialecto que Anna no entendía. No le importaba cuando su madre estaba callada. Había espacio de sobra para las dos en su silencio y ambas permanecían sentadas, cogidas de la mano, mientras Anna le daba espacio a su madre para que vagara por sus pensamientos. A veces un sonido, o un olor, parecía desatar un recuerdo y hablaba de ello como si fuera algo que acababa de ocurrir. Quizá una moto pasaba zumbando por el paseo marítimo y, entonces, era como si la hubieran lanzado al pasado.

–Los otros han bajado hoy a la ciudad. Hace demasiado calor para bailar, pero los alemanes ya están en el siguiente valle. Han estado vaciando las aldeas...

Anna le seguía la corriente y trataba sus historias como acontecimientos rutinarios.

–¿En serio, *mamma*? ¿Y qué pasó después?

Pero había momentos en que se sentía una intrusa al escuchar lo que parecían episodios privados.

–Si se enteran, me meteré en problemas, pero hacía mucho calor. La blusa se me pegaba al cuerpo, el pelo flotaba en el agua como la hierba. Él me agarraba fuerte...

Anna no respondía. Cambiaba de tema o tomaba la caja de fotos que su madre tenía sobre la mesilla y miraban las fotos juntas.

Había tardes en que su madre lloraba y Anna le limpiaba las lágrimas con delicadeza. Ines se aferraba a su hija.

–Ha vuelto, Anna, ha vuelto. Pero nunca te dejaré. Eres una buena chica. Mi regalo especial.

Anna, mientras hojea la pila de papeles, recuerda lo difícil que era entender qué pasaba en el interior de la mente confusa de su madre. Y qué pena que su madre pareciera sentir más amor por ella al final de su vida, casi como si no pudiera contener más sus reprimidas emociones. Emociones que Anna habría preferido conocer de pequeña.

El agudo sonido de su móvil la hace saltar del pasado al presente.

–¡Anna! Siento no haberte llamado anoche. Estuve hasta arriba de trabajo. Pero ¿por qué no me esperaste?

No le apetece calmar a su amante. Ahora mismo no le apetece tener que explicarle a Will cómo, de nuevo, se cansó de esperarlo en el restaurante, cómo la incomodaron las miradas compasivas de los camareros mientras se bebía la copa de vino e intentaba que le durara lo suficiente hasta que él apareciera.

–¿Puedo ir ahora? –le dice–. Estoy en el taxi. Estaré allí en, digamos... ¿quince minutos?

Mira su reloj. Cinco y media de la tarde. Hace unas semanas habría dicho que sí, pero ya no se siente satisfecha con pasar tardes sueltas con Will ni con estos planes de última hora, como si pasar tiempo con ella fuera la última opción.

Él baja el tono de voz. Probablemente, el taxista escucha a escondidas a su famoso pasajero, cuyas facciones son fácilmente reconocibles por sus constantes apariciones en las noticias del Canal 4.

–Puedo quedarme a pasar la noche, cariño.

–Hoy no me encuentro bien, Will. Me duele la cabeza –miente–. Te llamo pronto.

No tiene energía para discutir y, antes de que él pruebe a convencerla de lo contrario, cuelga el teléfono, lo apaga y lo lanza sobre la cama junto a la gran pila de papeles de su madre. *Mamma* nunca quiso hablar mucho de su vida en Italia. Parece tarde para hacerlo. Ya está en la tumba y solo puede hablar a través del diario y de sus enigmáticas notas. ¿Es que hay algún trapo sucio que Anna deba conocer?

Coge la primera hoja del montón. Su madre ha escrito copiosamente, la caligrafía está corrida y es difícil leer algunas partes. Hay otra nota escrita en inglés grapada delante.

*Anna, en los años de la guerra, llevé un diario durante un tiempo. No debía poner nada por escrito, pero lo hice. Si lo hubiera descubierto la gente equivocada, habría tenido represalias. No lo he mirado durante años y, al leerlo ahora, casi no me puedo creer que yo fuera la autora. Espero que seas capaz de entenderlo, porque algunas partes están en un italiano un poco anticuado. Tienes que recordar que todo esto pasó hace medio siglo. ¡Cómo han cambiado los tiempos!*

Con solo un vistazo a las primeras líneas del italiano escrito con la letra confusa de su madre, Anna sabe que le costará entenderlo. *Mamma* le había enseñado un poco de italiano básico, pero los tres hijos se habían criado con el inglés como lengua materna. Consigue leer alguna que otra frase, pero enseguida le resulta evidente que va a necesitar un buen diccionario. Solo tiene una edición de bolsillo y muchas palabras las tiene que adivinar.

No puede pensar con claridad. Da vueltas en la cabeza a la tarea que su madre le ha encomendado. Páginas y páginas de italiano que traducir, ¿y con qué objetivo?

Mientras se mete bajo el edredón, piensa con tristeza que habría sido mucho más fácil si *mamma* le hubiera hablado más cuando estaba viva. Pero no lo había hecho, y ahora ya no estaba y había dejado un vacío mucho más grande de lo que Anna podría haberse imaginado. Le cuesta mucho dormirse, y, cuando lo hace, sueña que su madre todavía está cerca de ella, tras una cortina ondulada de gasa, pronunciando palabras que Anna no comprende.

## Capítulo 2

Todavía está oscuro cuando el largo pitido de la bocina de un coche despierta a Anna. Con los ojos entornados, comprueba el reloj despertador. Para su sorpresa, ha dormido durante casi veinticuatro horas.

El paquete de ayer se ha caído de la cama. Un montón de papeles, cuadernos y sobres se han salido de la caja, algunos de ellos numerados con lápiz rojo. El número uno es un gran sobre marrón. El número dos es un cuaderno usado de ejercicios del colegio. En lugar de líneas, las páginas están divididas en pequeños cuadrados, como el papel cuadriculado. Recuerda a *mamma* explicándole los diferentes tipos de cuadernos que usaban en la escuela, en Italia; la recuerda riéndose mientras describía los *babis* y las grandes pajaritas que tenían que llevar en primaria, incluidos los chicos. Ines le había enseñado algunas palabras simples en italiano cuando era pequeña, pero nunca delante de su padre. Se ponía furioso si escuchaba decir algo que no fuera en inglés.

—Los confundirás. ¿Cómo tengo que decírtelo, mujer? —le gritaba a su esposa mientras la cara se le ponía morada.

Luego, se producía una discusión. Siempre hubo muchos gritos. Anna se retiraba al fondo del jardín y trepaba por el haya cobriza, o se escondía debajo de las escaleras y apretaba su osito de peluche muy fuerte contra el pecho.

Sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, persevera en su intento de traducir las palabras de su madre.

Rofelle, 8 de septiembre de 1944

Él aún está en el establo. *Mamma* ha hecho un plato extra de pasta con calabacín en conserva de la primavera pasada y, cuando ha oscurecido, me ha dicho que me pusiera una bufanda y que llevara conmigo un cubo de comida para los pollos por si acaso alguien me veía y me preguntaba qué estaba haciendo a esas horas de la noche. Sé que está aterrada por si alguien descubre que estamos escondiendo a un *inglese*, pero dice que tenemos que hacerlo porque, de lo contrario, morirá.

Todos tenemos mucho miedo. La semana pasada oímos que dispararon a los Benucci porque no querían evacuar su casa. Los alemanes solo dan un día de aviso. Pobres almas viejas. Se negaron a irse porque, de todas maneras, no tenían adónde ir, y la vieja *signora* sufría de reumatismo y no podía caminar mucho.

Son crueles esos *tedeschi*. Tenemos miedo, pero Capriolo dice que no romperán nuestro espíritu. Usamos ese nombre para él porque la Resistencia nos ha dicho una y otra vez que no lo llamemos por su nombre real. Ejecutarán a su familia si descubren su identidad. Se ha apodado a sí mismo con el nombre de un ciervo, uno ágil y rápido que corretea montaña arriba. Escribo el nombre de Capriolo sin pensar, pero me despellejaría si supiera que estoy escribiendo esto. Reventaré si no se lo cuento a nadie, así que se lo cuento a mi diario, que escondo detrás de una piedra suelta en la hornacina de mi habitación. Nadie lo encontrará jamás. Y si lo hacen, pensarán que es mi viejo libro del colegio.

Anna tarda casi una hora en traducir esta sección. Y no está segura de haber conseguido expresar todo el significado. Tampoco sabe qué pensar. Por mucho que lo intenta, no llega a imaginarse a esta joven chica de pueblo que fue su madre ni puede identificarla con esta voz del pasado. ¿Quién es Capriolo? ¿Y el hombre inglés al que están escondiendo? ¿Podría tratarse de su padre? Tiene muchas preguntas. Se pregunta qué más descubrirá en el diario.

Hay muchas páginas que abordar. Mientras las hojea, encuentra algunas secciones que datan de después de la guerra, pero prefe-

riría leerlo todo en el orden correcto. Si va a descubrir algo más sobre sus padres, es importante no mezclar acontecimientos. Con el tiempo llega a la conclusión de que tendrá que pedirle a alguien que traduzca las partes en italiano.

Dentro de un libro de registros con tapas duras de piel encuentra un par de páginas escritas en inglés. Al abrirlo, cae una hoja de papel.

*Anna:*

*Estas pocas páginas de aquí son una pequeña parte de la historia de tu padre. Las encontré en el cobertizo cuando estaba organizando sus pertenencias. ¿Recuerdas que era un lugar prohibido para todos nosotros? ¡La guarida sagrada de tu padre!*

*Nunca supe que pasaba el tiempo escribiendo allí dentro. Pensaba que solo huía de nosotros con la excusa de arreglar una u otra cosa.*

*Las he leído y creo que las escribió después de la guerra. Tu padre nunca llevó un diario como yo. Estuvo en muchos sitios y nunca habló demasiado de lo que había sufrido. No fueron tiempos fáciles para ninguno de los dos.*

*He decidido añadir esto a mis propios archivos para rellenar las lagunas de nuestra historia. Dicen que todo el mundo tiene un libro en su interior, un libro que no es ficción, sino la verdad. Y creo que nuestra historia merece ser contada. La guerra aún arroja su larga sombra sobre nuestras vidas, aunque ocurriera hace más de cincuenta años.*

*Me ha puesto triste leer las palabras de tu padre. Por un momento, he regresado a la época en que nos enamoramos. Cómo cambian las cosas. Cuántos obstáculos nos pone la vida.*

Mamma

A Anna le resulta extraño leer esas palabras, «nos enamoramos». Solo puede recordar a sus padres discutiendo y, siendo honesta, siempre le tuvo un poco de miedo a su padre. Tiene una memoria muy vívida de cuando era pequeña y eso aún la atormenta. Recuerda que su padre realizaba otro tipo de actividades en el cobertizo, además de escribir y arreglar muebles de segunda mano. Tenía unos nueve años. Una tarde su padre había dejado la puerta del cobertizo sin cerrar y ella consiguió colarse. Había una revista abierta sobre

el banco de trabajo y la página mostraba a una mujer abierta de piernas con los pechos al descubierto. No entendió aquellas fotos groseras, pero no podía dejar de miraras, embobada. Mientras salía de espaldas del cobertizo, tropezó y se arañó la rodilla. El dolor la hizo gritar. Su padre, que estaba cavando en el huerto, levantó la mirada y se precipitó hacia ella.

–¡Creí haberte dicho que nunca entraras ahí! –gritó, mientras le tiraba de la oreja.

La golpeó fuerte en la parte de atrás de la pierna que se había arañado y ella corrió camino arriba hasta la cocina, sollozando. Con la radio encendida, *mamma* escuchaba música mientras planchaba.

–Cariño, ¿qué pasa? –Desenchufó la plancha y la dejó a un lado, sobre la mesa de la cocina–. ¿Te has caído? Déjame ver.

–Lo odio, lo odio.

Su madre la cogió en brazos y la puso en su regazo, limpiándole las lágrimas con la esquina del delantal.

–Cuéntame qué ha pasado, tesoro. Deja de llorar; si no, no te entiendo.

Su padre entró como un huracán y cogió el tarro del aparador donde metían la calderilla.

–Le consientes demasiado a esta mocosa. La próxima vez que me la encuentre en el cobertizo, le daré tal paliza que no podrá sentarse durante una semana. –Se puso la chaqueta–. Y tú no me esperes para cenar. Salgo y volveré tarde.

Se marchó, dando un portazo.

Escucharon sus pisotones por el camino de la entrada e Ines suspiró y abrazó a Anna.

–No importa, lavaremos esa pobre rodilla y después tendremos una cena especial a solas tú y yo, con nuestros espaguetis y un *gelato* de postre.

Agarraba a su hija fuerte para mantenerla segura y a salvo, y Anna escuchaba el tictac del reloj de la cocina mientras su madre la acunaba.

–Lo digo de verdad –sollozó Anna–. Lo odio. Siempre está enfadado. Creo que él también me odia.



–Chist, no hables de odio. –Ines deshizo las trenzas de Anna y las rehizo mientras buscaba las palabras–. Tu papá no te odia. Ni un poquito. A veces es la vida la que odia... ¿Cómo te lo explico? Ahora sé una chica grande. Escucha lo que te voy a contar e intenta entenderlo.

Levantó a Anna de su regazo y se dispuso a hacer la salsa, empezando a cortar las cebollas, el apio y las zanahorias.

–Ven y ayúdame con la cena. Tendremos una pequeña charla.

Juntas prepararon la salsa tradicional y, ahora, siempre que Anna come pasta al ragú lo asocia a la extraña conversación de aquella cena. Después de eso, se sintió menos niña, como si su madre le hubiera dejado echar un vistazo a lo que era ser adulta.

–Papá no ha sido siempre un gruñón. Pero la guerra te cambia, ¿sabes? Ocurrieron cosas horribles durante la guerra. Fue difícil para todo el mundo, pero los jóvenes soldados vieron cosas crueles que la gente hace a veces en la guerra. Tenemos que permitirle el mal genio. Ahora pon la mesa y comamos.

–¿Qué cosas crueles, *mamma*? –le preguntó Anna.

–Demasiado crueles para nombrarlas, mi niña.

Su madre no dijo más sobre el tiempo que su padre pasó en la guerra; jamás volvió a hablar de ello con Anna.

Su infancia estuvo llena de gritos, de portazos, de fuertes peleas y discusiones constantes entre sus padres. Había silencios tensos durante las comidas y, después, momentos en los que su madre de repente la acurrucaba en brazos, la mimaba y se ponía a hablar en italiano como si necesitara soltar todas aquellas palabras. Pero eso ocurría rara vez y solo cuando su padre no estaba presente.

En una ocasión, cogió un ramo de flores rojas de las plantas de judías pintas para *mamma* y lo colocó en un jarrón sobre la mesa de la cocina. Su padre se puso furioso.

–Estúpida, niña estúpida –gritaba. Le dio un azote y la mandó pronto a la cama–. Ahora, por tu culpa, no darán fruto. No habrá judías este año.

Nunca estaba ahí para jugar, como los padres de otros niños; no había partidos de críquet en el jardín de atrás ni cosquillas sobre

la alfombra del salón. Cuando estaba en casa después de largos periodos fuera, siempre se quejaba del ruido.

–¡Aquí no puedo oír ni mis propios pensamientos! ¿Es que no podéis callar? –decía.

Era su frase habitual.

Su padre murió de repente de un ataque al corazón cuando ella tenía diez años y no le permitieron ir al funeral. Desapareció de sus vidas y poco después se mudaron a Willow's End.

–Empezaremos de cero –dijo *mamma* mientras quitaba la foto de su padre del piano y la limpiaba, antes de meterla en una caja. Fue como si lo hubiera borrado de su mente.

La escritura del libro mohoso es clara, con una caligrafía pequeña y muy recta, lo opuesto a los garabatos artísticos de su madre. Su padre era un hombre meticuloso que regañaba a la familia cada vez que dejaba cosas por la casa.

–Ya no estás en el ejército, Jim –le soltaba su madre mientras él enderezaba los cubiertos y los vasos en la mesa a la hora de cenar, o cuando pasaba un dedo por encima de una puerta para inspeccionar el polvo.

Las memorias de su madre le devolvían las imágenes de su infancia y todas las emociones contenidas desde hacía mucho tiempo. Anna cogió los papeles y, con un profundo suspiro, siguió leyendo.

Campo Fontanellato, 2 de septiembre de 1943

La pierna herida me sigue dando problemas, pero Bob dice que subir a la litera de arriba es buena terapia. Necesito recuperar la fuerza en la maldita pierna para cuando dejemos este lugar. Es la hora de la siesta y hay silencio durante un par de horas. Aunque estamos a principios de septiembre, aún hace calor y las cigarras en los campos están armando un tremendo barullo. Tumbado aquí sobre una manta que pica, observo las pinturas al fresco del techo de esta villa en la que estamos confinados. Me devuelven la mirada unos querubines desnudos y vírgenes

con el pecho medio al descubierto, con arpas y rodeadas de guirlandas, fruta fresca, esponjosas nubes blancas y tiras de lazos. Una decoración provocativa para un dormitorio lleno de hombres frustrados que han pasado encerrados juntos demasiados meses.

Este lugar es mejor que el último agujero. Aquí el comandante italiano habla un poco de inglés y permite que nos quedemos con nuestros paquetes de la Cruz Roja.

Las ventanas tienen rejas. Mi última huida fue efímera. Fingí estar enfermo con delirios durante tres semanas y me escoltaron hasta el hospital local. Como uno de mis síntomas imaginarios era la diarrea, hacía varios viajes al baño cada noche y los guardias se acostumbraron con el tiempo a mis tambaleos por la sala arriba y abajo. Una noche, me subí hasta la ventana del baño y salté. No contaba con la desvencijada albañilería del alféizar, y caí en una postura rara. Me gané una noche de libertad en una alcantarilla, soñando con regresar a mi pelotón. Fue una noche muy incómoda, pero fue la prueba de que escapar era posible. Me llevé de recuerdo la herida de la pierna derecha. Como era de esperar, el comandante no quiso que me volvieran a mandar al hospital y supongo que la maldita pierna no volverá a ponerse en su sitio.

—¿Qué será lo primero que hagas cuando seas libre? —le pregunto a Bob.

Encima de mí, me responde con un gruñido. Su nariz está metida en un libro, como siempre. Hay varios libros manoseados en el campamento y nos los pasamos unos a otros en orden. Bob los ha leído todos tres veces.

Es culto, un soñador con un cerebro educado que lleva relucientes gafas redondas. Ha estado preparando nuestra siguiente huida y nos ha enseñado algunas frases en alemán. Creemos que fuera de aquí podríamos pasar por alemanes, ya que muchos de nosotros somos rubios y tenemos la piel clara, como ellos.

Los hemos apodado *fritzts*; los italianos, a quienes nosotros llamamos *eyeties*, los llaman *tedeschi*. No tiene sentido intentar pasar por *eyeties*; somos demasiado altos.

–¡Bob! ¿Qué es lo primero que harás cuando vuelvas a Inglaterra? –le pregunto de nuevo.

Deja el libro a un lado. Últimamente tenemos muchas de estas charlas estúpidas, quizá por los rumores. Hace unos dos meses oímos gritos de celebración que provenían de las habitaciones de los guardias. Luego, uno de ellos, al que llamamos «Joey», aunque su nombre real es Giuseppe, nos dijo:

–Mussolini ha sido depuesto. *Il Duce* ya no es nuestro líder. –Hizo un gesto obsceno con el brazo–. Los *fascisti* están *finiti*.

Eso fue en torno al 21 de julio y, desde entonces, no hemos vuelto a oír nada. El plan de huida está en espera.

El oficial sénior británico se reúne con nosotros a menudo.

–Tenemos que permanecer juntos de manera ordenada. –Así es como lo plantea–. No queremos prisioneros de guerra huidos por todas partes, sufriendo por toda la campiña italiana.

Ahora hay una atmósfera diferente en el campamento. Los italianos han pintado encima de todos los eslóganes fascistas. Se han vuelto más amables y el oficial sénior británico nos ha dicho que pronto seremos libres. Estamos esperando a que los *eyeties* firmen el armisticio. Hasta entonces, aún somos prisioneros de guerra. La espera es frustrante.

Le pregunto al viejo Bob otra vez:

–Venga, dime, ¿qué harás?

–Usaré ropa limpia y me comeré un plato de salchichas, puré de patatas y sopa con cebolla cortada en juliana. Y me daré un baño caliente con más agua que aquí, que nos la racionan.

Estoy de acuerdo con él.

–Ropa limpia y no más malditos piojos.

Nos hemos convertido en expertos en deshacernos de los insectos durante la siesta. Cuando nos quejamos al comandante, se encogió de hombros como hacen los *eyeties*. Colocó las manos con las palmas hacia arriba y nos dijo que sus hombres tenían el mismo problema y que dejáramos de quejarnos. Dijo: «No hay nada que pueda hacer al respecto, *signori*. *Niente*. Es *normale*. Mis hombres también viven con esas molestias».

–Ropa limpia y una voluptuosa mujer de piel suave –digo yo.

Bob me tira desde arriba un calcetín sucio.

–No empieces, Jim.

Nos interrumpe una estampida de pies que suben por las escaleras hasta nuestro dormitorio. Irrumpen los *eyeties* blandiendo rifles.

–*Fuori, fuori, fuori tutti...* ¡Todo el mundo fuera!

Todos los hombres que descansan en las literas gruñen y gimen.

–¡Cañones abajo, tíos!

–Ya no se puede ni hacer la siesta en paz...

Bob está hablando con los guardias. Habla un italiano pasable, al igual que alemán.

Los *eyeties* están más irascibles que de costumbre: gesticulan y gritan.

–¿Qué pasa, Bob?

–Parece que por fin han firmado con los Aliados. Ya no somos prisioneros. Están abriendo las puertas y cortando la alambrada de la parte de atrás del campo de ejercicios. Podemos irnos.

Luego se producen apretones de manos con los guardias, que desandan sus pasos, retumbando escaleras abajo con más gritos de entusiasmo.

Al principio hay euforia, luego un silencio de estupefacción y, después, alguien intenta abrir la puerta. No es un truco. Está abierta de verdad. Otro encuentra las llaves de la cocina y preparamos un festín improvisado de pan y queso fresco, que engullimos con un vino avinagrado. Parece que la Navidad ha llegado en el mes de septiembre, incluso aunque el vino esté asqueroso.

Nuestro oficial sénior da un golpe en la mesa y se pone en pie. Es un buen tipo, aunque le gusta usar grandes palabras para presumir de educación.

–¡Caballeros! Ahora es el momento de llevar a cabo nuestros planes. Hay riesgo inminente de que los alemanes ataquen el campamento. Ninguno de vosotros quiere que lo lleven a Alemania. Aunque los italianos deberían defendernos, preveo un contraataque alemán mucho más fuerte. Por lo tanto, propongo establecer turnos de guardia en la azotea. A la primera señal de avistamiento alemán, se hará sonar la alarma y marcharemos en

orden hacia el pueblo. El comandante me ha proporcionado un mapa y necesito a seis voluntarios para hacer el reconocimiento. Mientras tanto, caballeros, sugiero que seamos inteligentes. Así que depongamos esas botellas de vino avinagrado y preparémonos para partir. Empaquetemos una bolsa pequeña con lo esencial. Debemos viajar ligeros y veloces. Nuestra ruta es hacia el norte, por los Apeninos, hasta llegar a Suiza. Y el camino va a ser duro.

Cojeo escaleras arriba con Bob, que sube de tres en tres los escalones. Enseguida reunimos las cosas más necesarias.

Los paquetes de comida de la Cruz Roja los recibíamos de manera esporádica, pero los italianos siempre agujereaban las tapas de las latas, porque sabían que la comida enlatada era útil para una huida. Bob y yo inventamos una receta vital de proteínas y vitaminas. Sabía fatal. Mezclamos grasa de beicon con pasas, cacao, margarina y leche condensada, y lo derretimos todo en una especie de barrita. Dentro de los tarros de crema antiséptica Germolene habíamos escondido dinero envuelto en celo. El dinero provenía de los guardias que compraban nuestros cigarrillos. Unas cuantas barras de vitaminas van a mi mochila, junto con los calcetines de lana.

En casa les sorprendería saber que en Italia las temperaturas caen bajo cero en las montañas. Me enfundo mi jersey reglamentario. En el último minuto, guardo un cuaderno y meto dentro una foto de Phyllis, mi chica. La ausencia hace que el corazón se enamore más; su compañía me vendría muy bien ahora. Es una pena que a mamá y papá no les guste. Bob ha hecho una brújula con un viejo botón y un imperdible magnetizado que nos será útil para encontrar el camino de vuelta a nuestro pelotón. Hemos tenido suficiente con la prisión y la inactividad forzada, y tenemos ganas de aportar nuestro granito de arena otra vez. No hay duda de que el aire libre nos resultará extraño después de haber estado encerrados con un grupo de hombres, pero hemos anhelado la libertad y, sea lo que sea lo que nos espera, lo aceptamos. ¡A por ello!, como dicen los yanquis.